

SURESTE

ANTOLOGÍA DE CUENTO

CONTEMPORÁNEO DE LA PENÍNSULA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 59

SURESTE

ANTOLOGÍA DE CUENTO

CONTEMPORÁNEO DE LA PENÍNSULA

Carlos Martín Briceño

(ANTÓLOGO)



*F*ICTICIA

MÉXICO

2017

SURESTE. ANTOLOGÍA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO DE LA PENÍNSULA

D.R. © Los autores

D.R. © Carlos Martín Briceño, por el prólogo y la antología

D.R. © Universidad Politécnica de Quintana Roo

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición, septiembre de 2017.

Imagen de portada: Antonio García y Cubas, *Atlas General de la República Mexicana*, 1858.

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Mónica Villa

Magnolia11, Col. San Ángel Inn, C.P. 01060, Ciudad de México

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Unidas)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-607-521-084-1

Impreso y hecho en México

EL CUENTO PENINSULAR

*¿Qué tierra es ésta?,
¿qué extraña violencia alimenta
en su cáscara pétrea?
¿qué fría obstinación,
años de fuego frío,
petrificada saliva persistente,
acumulando lentamente un jugo,
una fibra, una púa?*

Octavio Paz

Durante muchos años, la Península se mantuvo aislada del resto del país. La denominada República de Yucatán —nunca se constituyó como tal— fue un intento de entidad que abarcó los estados de Campeche, Quintana Roo y Yucatán que, en tiempos del Virreinato, formaron parte de la Capitanía General de Yucatán.

No sería sino hasta 1848, en medio de la crisis originada por la Guerra de Castas, luego de la fallida anexión a los Estados Unidos, cuando sus gobernantes —la élite conformada por blancos, españoles y criollos— dieron por finalizados sus reiterados intentos separatistas y solicitaron, a cambio de ayuda militar, la reincorporación definitiva de Yucatán a la soberanía mexicana.

Quizá por esto, a pesar de la creciente comunicación e interdependencia entre las distintas regiones de México, la globalización no ha logrado liquidar la particularidad cultural de la Península, una zona donde las antiguas identi-

dades regionales perviven y que muchos todavía conciben como otro México.

Salvadas las fronteras impuestas de manera artificial por motivos políticos, es necesario reconocer que, en cuanto a cosmovisión, los habitantes de la Península —yucatecos, campechanos y quintanarroenses— comparten un sutil vínculo que los identifica. Varias circunstancias históricas *sui generis* de esta región, sede de la civilización maya, acentúan aún más estas singularidades: la más importante sublevación indígena durante el Virreinato, la Independencia paralela consumada meses antes de la nacional, el reparto agrario precursor realizado por el movimiento San Juanista y la más larga guerra justicialista de los desposeídos (Guerra de Castas).

En cuanto a la Revolución, aunque paradójicamente tuvo que llegar el general Salvador Alvarado desde el Norte para que sus efectos se hicieran reales, fue en Yucatán donde, por vía de las urnas, asumió el poder el primer Gobierno Socialista de América, encabezado por Felipe Carrillo Puerto, “el más grande gobernador de Yucatán”, según Juan García Ponce.

Por eso, cuando uno lee a los narradores presentes en esta antología, resulta perceptible que, a la par de la posesión de un sello propio, existen claves regionales que los agrupan —la presencia constante del mar, la enceguecedora luminosidad del cielo, el sofocante calor que nunca amaina, la milagrosa lluvia que lo vivifica todo, la fastuosa variedad de su gastronomía—, significándolos como representantes de su grupo cultural, sensibles al pulso de su tiempo y entorno, con un marcado acento en asuntos diferentes a aquellos que privan, por ejemplo, en la narrativa de otras regiones como la del Centro Occidente, el Golfo o más específicamente el Norte, cuyos autores han trascen-

dido el localismo, acogidos por editoriales que aprovechan el interés del público por relatos que, en buena medida, dan cuenta de la violencia provocada por el narcotráfico.

En la península yucateca, la literatura —además de haber construido una percepción social propia y de su realidad— constituye una transfiguración de lo contemporáneo, una muestra involuntaria de que más allá del imaginario de los hombres y mujeres que la habitan, la Hermana República de Yucatán sigue siendo una constante en la pluma de los narradores nacidos, identificados o cercanos al Sureste, quienes no han dejado de producir a pesar de que sus temas son lejanos a las modas literarias.

Entre los propósitos de publicar *Sureste* está el de mostrar que la narrativa contemporánea de la Península, concretamente, en el género del cuento, además de poseer una voz distintiva, goza de una fastuosidad tal vez poco conocida en el país. De ahí que los seleccionados sean narradores que cultivan con esmero el cuento, una expresión tan antigua como la humanidad, incluso más, si atendemos a Cabrera Infante que afirma que “bien pudo haber primates que contaran cuentos todos hechos de gruñidos, que es el origen del lenguaje humano”.

Siempre he pensado que el cuento, debido a su brevedad y contundencia, es la manera más gozosa de acercar a la gente a la literatura. Es el género donde uno puede —lo afirmaba Raymond Carver— “hablar de lugares comunes y de cosas usadas a diario con un lenguaje sencillo, y dotar a esos objetos —una silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un arete de mujer— con los atributos de lo inmenso”. Pero no es fácil lograr un buen libro de cuentos. La exigencia del género suele acabar con la paciencia de los narradores que prefieren dirigir sus esfuerzos a la novela.

El hartazgo de la vida en pareja, el placer de la venganza, los recuerdos de la infancia, el desaliento en la vejez, los demonios de la infidelidad, la crudeza del divorcio, la frustrante —y al mismo tiempo irónica— realidad del escritor, el fantasma del incesto y la vida signada por la doble moral, son los temas alrededor de los cuales giran las historias de esta antología, relatos cuyas tramas, en su mayoría, aluden a esa violencia sorda que, de tan común, se ha vuelto casi invisible en la península yucateca, una de las regiones con los niveles más altos de suicidio en el mundo y donde campean, a sus anchas, deseos soterrados que pocos se atreven a nombrar.

Los cuentistas peninsulares, a diferencia de los norteños que, tal como dijera Sergio González Rodríguez, “eligen el golpe súbito desde la primera línea”, van dibujando la tensión poco a poco. Pareciera que el acompasado movimiento del océano calmo que baña el litoral de esta tierra rocosa aislada, pero que “no es isla ni punta que entra en el mar como algunos pensaron, sino tierra firme” (Fray Diego de Landa, *dixit*), aunado al sopor del trópico, ha dotado a sus escritores de un ritmo diferente, de una cadencia campechana que embriaga paulatina, lentamente. En vez de profusas descripciones y acciones rápidas, predominan complejos pensamientos de los protagonistas, muchas veces avergonzados o arrepentidos de llevar a cabo la acción que se cuenta.

Los autores convocados en esta antología son cuentistas vivos identificados abiertamente con la Península, cada uno con intereses y edades distintas (Roldán Peniche Barrera, el mayor, sobrepasa los 80; los más jóvenes, Ileana Garma y Mauro Barea, no llegan a los 35), pero convergen en su interés por escribir relatos entrañables, maliciosos, inolvidables que contribuyan a mantener la eternidad del género.

En el libro están representados los narradores que han desarrollado la escena del cuento peninsular en los últimos cincuenta años. Estoy convencido de que los textos incluidos presentarán al lector la variedad de la narrativa contemporánea en Yucatán, Campeche y Quintana Roo. Y aunque las edades de los elegidos pueden llegar a tener diferencias abismales, es evidente el interés de cada uno para producir historias trascendentes.

La lista, hay que decirlo, fue construida bajo el influjo de mi gusto personal. Estoy cierto de que algún autor pudo haberseme escapado. De antemano, una disculpa. La elección incluye a escritores cuya carrera se ha desarrollado desde la capital del país, pero que mantienen lazos indisolubles con su origen peninsular (Beatriz Espejo, Hernán Lara Zavala, Agustín Monsreal, Héctor Aguilar Camín, Eduardo Huchín Sosa, Carolina Luna y Fausta Gantús); autores que habitan y mantienen sus raíces en sus ciudades de origen (Roberto Azcorra Cámara, Carlos Vadillo Buenfil, Will Rodríguez, Roldán Peniche Barrera, Víctor Garduño Centeno, Melba Alfaro, Ileana Garma, Jorge Lara Rivera, Rafael Ferrer Franco, Roger Metri, Carlos Farfán, Javier España, Elvira Aguilar, Ramón Iván Suárez Caamal y Raúl Aristides), cuentistas que han emigrado del solar en busca de nuevos horizontes (Reyna Echeverría, Mauro Barea, Jorge Pech Casanova y Adán Echeverría) y, finalmente, narradores que llegaron al Sureste del país años atrás y que decidieron adoptar la nacionalidad peninsular *motu proprio* (Adrián Curiel Rivera, Agustín Labrada Aguilera, Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet y Cristina Leirana).

Aquí queda pues *Sureste*, un documento-testimonio, registro de un momento de la tradición narrativa del sur, de las preocupaciones y búsquedas estéticas de sus prota-

gonistas, ofrecidas al lector sin mayor pretensión que la de compartir la aventura sin tiempo del cuento.

Carlos Martín Briceño

EL DISCO DE MIS HERMANOS

Elvira Aguilar

—Mañana me voy, grábatelo. Y me voy triste porque aquí se quedan mis once años de vida que no puedo juntar ni recoger para llevármelos conmigo —le dije al curvato gordo que reinaba en el patio de mi casa, con la misma dolorosa solemnidad de quien dice una oración al borde de la muerte. Horas antes habíamos regresado de Cozumel; la sal de mar aún vestía mi piel.

Era julio de 1975. El verano brillaba en los tres niños que asomábamos nuestras miradas al esplendor de la adolescencia: Ángel, Javier y yo, de quince, trece y once años.

La noche de un jueves mi padre anunció que al mediodía del viernes saldríamos de fin de semana rumbo a Cozumel. Mis hermanos corrieron a comunicarle a mi madre que en pocas horas la familia saldría de viaje. Ella los escuchó sin dejar de mover la sopa que hervía y les aclaró, tragando amargo, que pasaríamos el fin de semana nosotros solos con mi padre. Al día siguiente, cerca de la una de la tarde, nos subimos al Chevy Nova color pistache y tomamos carretera. Ángel y Javier hacían recuento de lo empacado: snorkel, visor, cámara, disco volador... Y tejían planes con ganas de que el auto sacara alas de las llantas y encontrar al instante el soñado horizonte azul y transparente.

Por la tarde llegamos a Playa del Carmen y nos hospedamos con una familia amiga de mi padre. El lugar era un conjunto de cabañas de madera con techo de guano y piso de arena, todo el terreno estaba sombreado por árboles de uva de mar. Pasé la tarde jugando con una niña muy morena, de cabello largo y escaso, que terminaba en unas cuantas hebras doradas a punta de sol. Por la noche, después de cenar empanadas de pescado y agua de piña, nos acostamos en las hamacas que atravesaban nuestra cabaña. Mi padre y mis hermanos entraron en sueño en cuanto apagamos las lámparas. Yo me dediqué a escuchar por un rato los delicados zumbidos de los mosquitos. Luego permanecí extasiada con mi vista fija en la luna, que me guiñaba el ojo desde su plateada redondez. Cuando dejé de mirarla y dirigí mi vista hacia otra parte, mi mente fue asaltada por pensamientos malignos, verdaderas pesadillas en vigilia. Miré alacranes descender por los brazos de mi hamaca y los sentí hacer nido en mis oídos. Advertí el momento en que el piso de arena se abrió y de un enorme y oscurísimo hueco, emergió un cocodrilo de ojos verdeamarillentos que me arrastró a las profundidades de un cenote. Para salvarme del infierno volví a fijar mi vista en la placidez de la luna y me prometí no parpadear hasta el amanecer.

A las cinco de la mañana subimos al transbordador que habría de cruzarnos de Playa del Carmen a Cozumel. Cuando puse el primer pie en la nave, supe que estaba comenzando el final que tanto temía y que mis hermanos, más grandes, pero más tiernos en penas, ignoraban hasta entonces.

Durante el trayecto mi padre y mis hermanos no cesaron de caminar por cubierta observando el Caribe, y descubriendo su magnificencia en cada nudo que avanzábamos. Yo, tan formal, con mi jumper verde botella, mi blusa blanca con cuello de encaje, y mis zapatos ortopédicos, nunca dejé de mirar hacia el horizonte.

—Si logras romper la cortina del horizonte, el cielo te será concedido —había escuchado en la banda sonora de una película que miré en el cine-teatro que quedaba frente al parque, un domingo en que, para esconder sus lágrimas, mi madre me tomó de la mano y me hizo perderme con ella en la negrura de aquella sala cinematográfica que criaba ratones, ratas y zorros sanos y de buen color.

Allá estaba el horizonte diáfano, y allí estaba yo, con mi jumper verde y mis zapatitos ortopédicos, apoyada en la barandilla, con mis once años transidos de nostalgia porque el mundo se nos caía, y yo, quería aplazar esa noticia para no dañar la inocencia de mis hermanos. Estaba a punto de preguntarme cómo se rompe el horizonte, cuando dos delfines me sorprendieron con su presencia de eterna sonrisa; estiré el brazo con la esperanza de lograr asirme a ellos y continuar mi viaje sobre aguas más dichosas. El barco dejaba una estela espumosa de la que saltaban peces voladores que eran atrapados por gaviotas hambrientas, que luego planeaban sobre nuestras cabezas regalándonos un instante de sombra. Un hombre se acercó y me señaló en dirección a los delfines que se alejaban de nosotros y se acercaban a otra embarcación. Fijé mi vista en su enorme vientre blanco que asoleaba sin ningún remordimiento. Pensé que dentro de su panza estaría gestándose un ballenato. Le pregunté su edad: cincuenta años cumplidos a punta de cerveza oscura. Ángel y Javier se acercaron a avisarme que estábamos llegando, y yo, con la pena revuelta, vacié mi estómago en los pies descalzos de aquel hombre que me regaló doscientos insultos. Tan encolerizado estaba que temí que fuera a parir ahí mismo a su ballenatito.

Descendimos del *ferry* y caminamos descalzos hasta un hotel del centro. Mientras mis hermanos se ponían sus calzoneras, yo salí a comprar un traje de baño de dos piezas color amarillo. Desayunamos en un restaurante de ventanas gran-

des que miraban a una calle de arena que olía a pescado fresco. Durante el desayuno mi padre nos veía fijamente, como estudiando en detalle nuestros rasgos para reproducirlos más tarde en una piedra lisa. Yo no quitaba la vista de sus manos grandes de venas saltonas como culebrillas azulosas. Hubiese querido apretar esas culebrillas y pedirle, suplicarle que no nos permitiera partir, que detuviera la mudanza y nos salvara de futuras soledades. No lo hice porque mis hermanos hasta ese momento ignoraban que aquel sería el último viaje que realizaríamos con mi padre, y el último también que habríamos de hacer nosotros, los tres, Ángel, Javier y yo.

No podía ser infantil ni débil. No me permitiría apretarle las manos a mi padre, besárselas y pedirle que reconsiderara y convenciera a mi madre del gran amor que él le profesaba. Porque, aunque la hiciera sufrir y de vez en vez tuviera alguna aventurilla, yo estaba segura de que la amaba. Yo no podía hacer ningún drama, porque eso significaba ser débil, infantil, obstinada, ciega y tonta. Además, no quería que mis hermanos supieran lo que yo había escuchado dos noches antes:

—Si estás decidida y has dispuesto la fecha, permite que yo me lleve a los niños un fin de semana a Cozumel para despedirme de ellos. Ojalá reconsideraras y tomaras en cuenta que tú eres la esposa, y mientras no te falte nada, no debes prestar oídos a lo que yo hago. Además, todos los hombres de esta ciudad llevan otra vida fuera de su casa, y no por eso sus esposas los abandonan.

El viaje a Cozumel significaba que ni mi madre había reconsiderado ni mi padre estaba dispuesto a dejar de hacer esa “otra vida fuera de casa”, y eso me quemaba como un fino hilo de ácido que subía y bajaba de mi garganta hasta mi estómago. No estaba dispuesta a permitir que aquel ácido alcanzara a mis hermanos. Mientras pudiera evitarlo iba a conservarlos inocentes.

En la playa, Ángel y Javier se entretuvieron nadando y aventándose un disco color naranja que brillaba debajo de aquel cielo tan cozumeleño y tan limpio, mientras mi padre tomaba una cerveza protegido por una gran sombrilla, y yo caminaba buscando en la arena pequeños cangrejos que me prendía en el cabello. Papá me llamó con una voz como de quien ha descubierto algo inesperado:

—¡Pero qué grande estás! No eres una niña de once años. Con ese bikini pareces de quince. A ver, párate ahí, te voy a tomar una foto para llevarle a mamá, creo que ni ella se ha dado cuenta de lo mucho que has crecido.

Pensé que aquella instantánea no habría de ser para mi madre sino para él, así que, con un esfuerzo mayor a mi tristeza esboqué una sonrisa que no llegó a registrarse en la fotografía porque mi boca estaba rígida. Mucho tiempo estuve guardada en el primer cajón del escritorio de papá, con mis once años que parecían quince, mi bikini amarillo y mi boca negada a sonreír.

Vivimos un fin de semana que conservo en mis recuerdos como un rollo de imágenes coloridas y frescas: olas, mariscos, el faro, gente platicadora, muelles, palmeras y la alucinante torre de control del aeropuerto, a la que un amigo de papá nos invitó a subir. Pero sobre todo recuerdo los ojos de mi padre, que nos miraban y se humedecían. Lo recuerdo, diciéndonos:

—Ya verán, saldremos más seguido. Me gustaría viajar con ustedes cada vez que tengan vacaciones, y si mamá quiere acompañarnos, pues la traeremos con nosotros.

Cuando abordamos nuestro auto en Playa del Carmen y salimos rumbo a Chetumal, pensé que pronto la alegría de mis hermanos habría de desaparecer, y fingí dormir para que no me miraran llorar.

Llegamos a casa con la sal de mar en la piel y arena en el cabello. Sobre la mesa había huevo con chaya, pan dulce y

ÍNDICE

EL CUENTO PENINSULAR	
Carlos Martín Briceño.....	7
EL DISCO DE MIS HERMANOS	
Elvira Aguilar.....	13
LA NOCHE QUE MATARON A PEDRO PÉREZ	
Héctor Aguilar Camín.....	19
UNIDAD 014	
Melba Alfaro.....	45
BURBUJAS AMARILLAS	
Raúl Arístides.....	49
ACABANDO LA FIESTA	
Roberto Azcorra Cámara.....	57
GEOMETRÍA FRATERNAL	
Mauro Barea.....	63
TREN DE CUERDA	
Manuel Calero.....	71
INFLUYENTE	
Adrián Curiel Rivera.....	77
LA MIRADA DE LOS PECES	
Adán Echeverría.....	89
LA FORMA DEL APURO	
Reyna Echeverría.....	95
PROGRESO	
Beatriz Espejo.....	99
PROMETEO DE LA CALLE 51	
Javier España.....	109

HOMBRE AL AGUA	
Carlos Farfán.....	117
COCO	
Rafael Ferrer Franco.....	131
LOS AGUACATES	
Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet.....	137
LEGÍTIMA EXISTENCIA	
Fausta Gantús.....	141
NECROSIS	
Víctor Garduño Centeno.....	151
LA CENA	
Ileana Garma.....	155
EN ESTE OFICIO LOS ERRORES SALEN CAROS	
Eduardo Huchín Sosa.....	161
FLORES PARA NATASHA	
Agustín Labrada Aguilera.....	173
DORMIR EN CASA AJENA	
Jorge Lara Rivera.....	179
A RONCHAMP	
Hernán Lara Zavala.....	181
ÉL	
Cristina Leirana.....	195
LA AVIDEZ	
Carolina Luna.....	201
EL ÚLTIMO VUELO	
Roger Metri.....	209
LA ÚLTIMA MISERIA	
Agustín Monsreal.....	213
ASÍ EN LA TIERRA COMO EN LAS LLAMAS	
Jorge Pech Casanova.....	219

LA PASIÓN SEGÚN CRISTÓBAL CUPUL	
Roldán Peniche Barrera.....	225
<i>FELIS BERNANDESII PANTHERA ONCA</i>	
Will Rodríguez.....	231
FICCIONES BREVES	
Ramón Iván Suárez Caamal.....	237
EN LOS LABIOS DE LOS VIVOS	
Carlos Vadillo Buenfil.....	241
SEMBLANZAS.....	256

«SURESTE. ANTOLOGÍA DE CUENTO
CONTEMPORÁNEO DE LA PENÍNSULA»
ANTOLOGADO POR CARLOS MARTÍN BRICEÑO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 2017 EN LOS
TALLERES DE MÓNICA GUICELA FARFÁN REYES EN IMPRESORA
Y ENCUADERNADORA “EL TINTERO”. BORIS GODUNOV NÚM. 529,
COL. LA NOPALERA, DELEG. TLÁHUAC,
CIUDAD DE MÉXICO, CP. 13220.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.